

# Edmundo Rojas Natera (1917-1989)

LUIS GUEVARA\*

El doctor Edmundo Rojas Natera nació en la ciudad de Mapimí, Durango, el día 22 de septiembre de 1917.

Realizó sus estudios de primaria, secundaria y preparatoria en las ciudades de Lerdo, Torreón, Saltillo y San Luis Potosí.

Estudió medicina en la Escuela Nacional de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, y recibió el título de Médico Cirujano el 10 de noviembre de 1945.

Entre 1945 y 1948 se entrenó en patología en varios hospitales de la ciudad de Boston, en los Estados Unidos de Norteamérica: Children's Hospital, Peter Bent Brigham Hospital, Free Hospital for Women y Massachusetts General Hospital.

Fue patólogo asistente del Departamento de Patología Quirúrgica del Hospital Presbiteriano de la Universidad de Columbia, en Nueva York, E.U.A.; patólogo huésped del Instituto de Patología de la Universidad de Bonn, en la República Federal de Alemania, del Instituto de Patología de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos de Norteamérica y del Departamento de Patología del Hospital Monte Sinaí, de Nueva York, E.U.A.

Perteneció a 18 sociedades científicas y academias, incluyendo la nuestra.

Durante 20 años fungió como jefe del Departamento de Patología del entonces Hospital de Enfermedades de la Nutrición.

Era profesor titular de patología en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, y profesor asociado de patología en la División de Graduados de la propia Facultad.

Publicó 75 trabajos sobre temas de patología, en revistas nacionales e internacionales.

Además, escribió el capítulo de Patología Gastrointestinal del libro de Patología, editado por la Prensa Médica Mexicana.

Fue miembro de la comisión editorial de la Asociación Mexicana de Gastroenterología y de los consejos editoriales de las revistas Patología y Gaceta Médica de México.

Murió el 16 de septiembre de 1989.

Hasta aquí, los fríos datos biográficos del doctor Edmundo Rojas Natera, distinguido patólogo, miembro de nuestra corporación, quien falleció después de una larga enfermedad, soportada con resignación y estoicismo.

Voy a dedicar los siguientes minutos a decir unas palabras acerca de mi amigo Edmundo Rojas.

Conocí a Edmundo en 1953, cuando ingresé a hacer mi tesis profesional en el antiguo Hospital de Enfermedades de la Nutrición, en donde él era el jefe del Departamento de Patología.

A pesar de la diferencia en nuestras edades, 12 años, hecha más evidente por los que yo tenía entonces (23), pronto surgió entre nosotros una amistad sincera y firme, que perduró hasta su muerte.

Edmundo Rojas era un maestro nato. Nadie como él para enseñar la patología elemental a quienes, como yo, no íbamos a dedicarnos a ser patólogos y, por supuesto, magnífico en el adiestramiento de médicos que sí iban a dedicarse a la especialidad.

Era exigente, pero justo. Purista del lenguaje. Metódico revisor de informes de biopsias y protocolos de autopsias. Excelente expositor. Estupendo en la dirección de sesiones de patología y sesiones anatomoclínicas. Crítico certero de otros patólogos, nacionales y extranjeros. Profundo conocedor de la patología general y con predilección hacia la patología hepática, especialmente la cirrosis. Sus ideas acerca de la nomenclatura y clasificación de la cirrosis prevalecieron en la reunión del comité respectivo en La Habana, Cuba, en 1957, a la cual asistieron grandes personalidades de la

*In memoriam* ofrecido en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 25 de octubre de 1989.

\* Académico titular.

hepatología mundial como la doctora Sheila Sherlock, de Inglaterra, el doctor Jacques Caroli, de Francia, y el doctor Hans Popper, de los Estados Unidos de Norteamérica y el doctor Bernardo Sepúlveda, de México.

Durante toda su vida se dedicó a su especialidad, tanto como Jefe del Departamento de Anatomía Patológica del antiguo Hospital de Enfermedades de la Nutrición, y como asesor en patología de diversas instituciones, así como en la práctica privada.

Pero con todo, la patología y la medicina en general no eran todo para él.

Tenía un espíritu inquieto. Muy culto, sabía cuatro idiomas, además del español. Desde su niñez fue amante de la música y, en la edad adulta, llegó a ser un verdadero erudito. Conocedor del arte. Amigo de pintores de renombre como Matías Goeritz y Leonora Carrington. Experto en tapetes orientales. Asiduo viajero por toda la República y por muchos países del orbe. Estudiante de las religiones, sobre todo de la católica romana, que él profesaba. Interesado profundamente en la educación de los niños. Incluso, llegó a reunir a un grupo de amigos, entre los cuales nos contábamos mi esposa y yo, con objeto de fundar una escuela en la que se impartieran los conocimientos académicos, culturales y religiosos que él consideraba indispensables para la adecuada formación del ser humano.

Fue un consejero prudente, que lo mismo podía orientar acerca de la especialidad que un médico joven quería seguir, que sobre la música que debería interpretarse el día de su boda o sobre la restauración de alguna antigüedad para su casa.

Una faceta poco conocida de él, es que era dueño de una buena voz de tenor lírico, y que poseía un gran repertorio de música de Gonzalo Curriel, Agustín Lara, y otros compositores de la época. Cantaba rara vez, lo oí en una sola ocasión, pero, eso sí, toda una tarde.

Tuvo una esposa extraordinaria y ambos formaron una hermosa familia, en la cual reinaron siempre la armonía, la libertad, el respeto y el amor.

Su casa era reflejo de su personalidad: sencilla, tranquila, acogedora, plétórica de obras de arte y de objetos de su predilección, llena de recuerdos y reminiscencias.

Edmundo murió como siempre lo deseó, en su casa, rodeado de sus seres queridos y escuchando su música predilecta.

Si se quisiera usar una sola palabra para resumir la personalidad de Edmundo, yo escogería la siguiente: bondad.

Edmundo Rojas fue un hombre bueno.

Descanse en paz.

